

CUENTOS PARA ESTUDIANTES

Está en prensa, en la imprenta de Arboleda y Valencia, un volumen titulado *Historias y cuentos para los estudiantes del Colegio del Rosario, compilados por R. M. C., colegial de número*. Lo precede el prólogo siguiente:

LECTOR AMIGO:

“Forzoso es, de cuando en cuando, dar ensanche con alguna recreación al espíritu y al cuerpo. De san Juan Evangelista refiere Casiano que encontrándole un cazador halagando a una perdiz que tenía en la mano, le preguntó cómo siendo un sujeto de tal calidad, pasaba el tiempo en cosa tan vil y despreciable.—¿Y por qué, le replicó san Juan, no llevas siempre flechado el arco?—Porque temo, respondió el cazador, que si está encorvado siempre, pierda la fuerza de extenderse cuando sea necesario.—No extrañes, pues, dijo el apóstol, que yo remita un tanto el rigor y atención de mi espíritu para tener alguna recreación y poder entregarme después a la contemplación con más viveza.

“Es vicioso ciertamente un genio tan riguroso, agresivo y severo, que ni quiere usar de alguna recreación, ni permitírsela a los demás.” (*San Francisco de Sales, Introducción a la vida devota, parte 3ª, capítulo 31*).

“No siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios, por calificados que sean; horas hay de recreación donde el afligido espíritu descansa: para este efecto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestas y se cultivan con curiosidad los jardines.” (*Miguel de Cervantes Saavedra. Novelas ejemplares. Prólogo al lector*).

Las dos citas anteriores, mística una, otra profana, explican por qué se escribieron estos cuentos, aparecieron en la REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO y se han compilado en estas páginas.

Los titulados *¿Cómo se graduó?*, *Blanco y negro* y *El último pensamiento*, firmados los dos primeros *Colegial* y el tercero *Oscar Martínez*, pueden pasar por míos, sin perjuicio de que algún crítico—si merecieren la honra de ser leídos por él—encuentre varias reminiscencias, involuntarias o conscientes, de narraciones, históricas o novelescas, de otros autores.

Quise publicar en la mentada REVISTA dos de los lindos cuentos de Jules Lemaître. Púseme a traducirlos muy libremente, para dejarlos en bogotano, o sea en español, según lo que el insigne Cuervo nos reveló en la postrer edición de las *Apuntaciones*. Andando, andando, me permití suprimir algunos pasajes, mudar otros, pensando más que en el arte en el gusto y provecho de mis camaradas y discípulos. Aquello no resultó mío, porque era del delicioso prosador francés; no era de Lemaître, porque yo se lo había echado a perder. Lo consideré como *variaciones*, a modo de las que componen músicos de segundo orden sobre temas de Haydn o de Beethoven.

Para que los alumnos aficionados a la literatura castellana gustaran algo de lo escrito por aquella dama andaluza y novelista egregia que se llamó en su cristiano hogar Cecilia Bohl de Faber, y en el mundo literario Fernán Caballero, inserté en la ya tres veces citada REVISTA uno de los cuentos cortos de la noveladora cristiana y española, titulado *Doña Fortuna y don Dinero*. Fernán recogió aquella sabrosa narración de boca del pueblo andaluz. Revela este cuento la inclinación de las razas inteligentes y que viven en comarcas ubérrimas a cargarle a la fortuna las desgracias que vienen del mucho discurrir y poco moverse.

Me pareció que el cuento de Fernán Caballero podía servir de escudo a la desidia de algunos de mis contemporáneos, le puse segunda parte con el mote de *Trabajo vence fortuna*, y lo firmé *Alvar Escudero*.

—¡Vaya que es desuello el tuyo, me decía un amigo, que por serlo tiene derecho a cantarme todas las verda-

des, al mezclar tus cuentos con los de Jules Lemaître y Fernán Caballero! O te sientes digno de competir con el mágico escritor francés y con el fundador—o fundadora—de la novela española moderna, y ese es orgullo imperdonable; o te has propuesto hacer en público el mayor acto de humildad. Pero la que se muestra no es sino humildad *de garabato*, que es soberbia disfrazada.

—Tu razonamiento sería de clavo pasado, no tendría respuesta, si se tratara de un escritor laico, pero tratándose de un eclesiástico...

—Peor que peor. ¿No obliga al sacerdote mayor modestia que al secular?

—¡Claro como la luz! Pero una misma virtud se muestra con caracteres diferentes en los distintos estados.

—¿Por ejemplo?

—Un padre de familia rico que, sin licencia de nadie, da una cuantiosa limosna hace una obra excelente; un religioso que dispone del dinero para caridades, sin licencia del superior, peca mortalmente.

—Convenido. Pero no veo la aplicación del ejemplo al caso presente.

—El sacerdote se acostumbra a predicar la palabra divina cuantas veces puede, sin atender a los que lo precedieron o a los que han de seguirle; a enseñar, a exhortar, a consolar, sin fijarse en los demás que ejercen el mismo ministerio. Dios no lo premia o lo castiga por lo que hagan o dejen de hacer los demás, sino por lo que él cumpla u omita. Un día, en la parroquia de Ars, predicó por la mañana el beato Juan Bautista Vianney, que era un cura indocto a los ojos y oídos del mundo, y por la tarde, el padre Lacordaire, que había ido a recomendarse a las oraciones del santo sacerdote.

—Me lo explico, y me imagino que si yo hubiera estado allá, me habría convertido más con la plática del párroco que con la conferencia del predicador de Nuestro Señora de París. Mas, en el caso presente, no se tra-

ta de predicación del Evangelio, sino de piezas literarias, de cuentos, que se parecen a un sermón como un huevo a una castaña.

—Allá voy. Del cuento bien intencionado al sermón no va tanto trecho como tú imaginas. Por los años de mil ochocientos setenta y tantos, un caballero de Chiquinquirá se convirtió a la fe católica con la lectura de un cuento de Méry, titulado *Poncio Pilato en Viena*, publicado en el periódico *La Caridad*. Pero dejemos eso. Imagina que un rico propietario rural invitara a Lemaître a pasar unos días en su quinta, y que el ilustre académico, por complacer a los niños, les refiriera la historia de los novios de Mimí; que después estuviera allá el cura de la parroquia y que los chicos le pidieran un cuento, ¿valdría decir que un pobre abate no puede competir con el maestro de la prosa francesa?

—La comparación no sirve. Los rapaces de tu parábola no saben de composición, ni de caracteres, estilo y lenguaje; tus colegiales han leído y estudiado, y no se dejan meter gato por liebre.

—Así es; y el librito que pienso publicar les servirá para aprender en Lemaître y en Fernán cómo se escriben cuentos, y en los míos cómo no deben escribirse. *Fray Gerundio* del padre Isla, quitándole ciertos conceptos irreverentes, es el mejor tratado de elocuencia sagrada, para uso de los que hablan castellano.

Hasta aquí el diálogo con mi amigo. La narración titulada *La imagen anónima* tiene por base un suceso que me refirió un joven antioqueño. Pasó la historia en uno de los pueblos de la cordillera del Tolima, fundados y poblados por paisanos del narrador.

Van también, en este librito, unos versos que leí en una sesión de clausura de estudios en el Colegio del Rosario. Bien sé que nada valen, porque Dios no me otorgó talento poético, pero les tengo cariño por el asunto y por la ocasión en que se declamaron, y me gusta que mis colegiales vean reflejado en ellos el cariño que profeso a nuestro claustro y a todos sus hijos, pasados y presentes.

Aquí tienes, lector amigo, el inventario de lo que contiene este librito, con expresión del haber y el debe, de lo mío y de lo ajeno. Si logra servirte de recreo y descanso de la metafísica y del derecho civil, habré logrado mi objeto al publicarlo. ¡Y mira si seré yo vanidoso! ¿Pues no he llegado a imaginarme que estos cuentos pudieran ser leídos en familia, y reemplazar para algunas niñas los peligrosos novelones de moda, y aun verse en manos de algún hombre de estudio y hacerle desarrugar el agrio sobrecejo y plegarle los labios con una sonrisa de agrado?

R. M. C.

BERGSON EN EL INDICE

(El R. P. Pedro Martínez Vélez, agustino español, ha publicado en Lima un interesante opúsculo sobre asuntos religioso-filosóficos. Hoy insertamos algunos fragmentos, sintiendo que lo estrecho de nuestras páginas no permita reproducir íntegro el estudio).

Ante el simple enunciado de *Bergson en el Índice*, no faltará quien, con la mejor buena fe, pero también con la mayor ignorancia, exclame como García Calderón, al dar cuenta de un caso semejante, el de la inclusión en el Índice de *Dogme et Critique* de Le Roy: Está visto: es imposible la armonía de la libertad del pensamiento con la rigidez del dogma, de la religión y la ciencia.

Los que así discurren, aparentan ignorar lo que los antiguos llamaron el elenco, y nosotros el asunto; y por esto, García Calderón, tan insigne por otros títulos, no hizo otra cosa en la ocasión citada, que descender hasta el nivel del vulgo, de la plebe, del hampa vacía y declamadora del pensamiento en materias religiosas.

La Iglesia no sólo cree que es posible la armonía indicada, sino que la afirma como real, existente y necesaria, si el pensamiento ha de ser verdaderamente libre del error y la ciencia expresión de la verdad. Pero no confunde la ciencia con cualquier sistema científico o filosófico, y por esto, penetrada de la unidad de la ver-